



En esta obra la poetisa medieval francesa Christine de Pisan escribe su propio libro. *Collected Works* (1407), BL, MS Harley. / [Wikimedia Commons](#)

# Mujeres escritoras: entre la aguja y la pluma

Sus textos a menudo han estado en la sombra o requerían de un pseudónimo masculino. Ellas fueron autoras que necesitaron del beneplácito del hombre para desarrollar unas inquietudes literarias en un contexto donde la tradición se resistía a aceptarlas fuera del hogar.

>> Amparo Quiles Faz / Profesora de Literatura Española

La historia de la literatura española ha reflejado siempre una escasa presencia de la mujer como sujeto literario. Si aparecían algunas escritoras era bajo el epígrafe de “mujeres célebres o ilustres” -junto a Juana de Arco o Isabel la Católica-, sin distinción alguna. Y así hemos seguido estudiando la literatura española, silenciando nombres de escritoras desde la Edad Media hasta nuestros días. Algunas veces por puro desconocimiento, por dificultades de investigación, por pérdida de fuentes originales, por olvidos más o menos malintencionados y otras, hay que reconocerlo, porque la calidad de sus obras las hicieron merecedoras de tal ocultamiento. ¡Paradojas de la vida, porque también hay tantos y tantos escritores más o menos reconocidos cuyas obras se nos caen de las manos y, sin embargo, están inmortalizados en el papel!.

**Que la mujer tomara la pluma conllevaba sus riesgos, como el desprestigio social y moral por abandonar sus labores**

Dedicarse al oficio de las musas, el hecho de que una mujer tomara la pluma para escribir conllevaba sus riesgos, y éste era, entre otros, el desprestigio social y moral por abandonar las labores propias de su

sexo: coser, lavar, zurcir... Las escritoras sufrieron, por una parte, la reprobación de los hombres ante su falta de femineidad, sobre su desnaturalización -las denostadas bachilleras, marisabidillas, románticas-, y, por otra parte, las críticas que las mismas mujeres les hacían, pues consideraban que las de su género no debían salir jamás del entorno doméstico.

El acto creativo va estrechamente unido a la educación y durante siglos ésta ha estado vedada a las mujeres basándose en su inferioridad natural, pero esta supuesta desventaja nunca las eximió de ser virtuosas. De acuerdo con Pilar Ballarín en su artículo “De leer a escribir” de la obra *Las sabias mujeres: educación, saber y autoría* (s. III-XVII), para que las mujeres fueran virtuosas sólo había que educarlas, aunque instruir las era otra cosa. La educación iba dirigida al sentimiento y al corazón, mientras que la instrucción cultivaba la

inteligencia y el cerebro. Por ello, cuando se hablaba de educación no había que entender instrucción alguna, sino sólo la formación del alma, del corazón, del carácter, de la voluntad y de los buenos modales, frente a la instrucción -leer y escribir, pensar, enjuiciar- que se reservaba a los varones, ya que estas disciplinas podrían corromper a las féminas.



Santa Teresa de Jesús. Pintura al óleo de Alonso del Arco, siglo XVII. / Wikimedia Commons

Sin embargo, desde la Edad Media ha habido mujeres que rompieron los esquemas del orden moral y patriarcal. Ellas fueron las heterodoxas, las que iniciaron otro camino para

sus pasos y sus días. Frente al modelo de mujer sumisa, esposa y madre, algunas heterodoxas optaron por escribir, por tomar la pluma y así, exteriorizar sus fantasmas y sus dudas. Optaron por la subversión y la resistencia.

La mayoría de las mujeres que escribieron fueron monjas, tales como Teresa



Retrato de Sor Juana Inés de la Cruz. Miguel Cabrera, 1750. / Wikimedia Commons

Estas mujeres escribían desde “la humilde obediencia” y así, la humildad y la modestia con la que se deciden a escribir y publicar subrayan su conciencia de “ser mujeres”. Por ello la obediencia a los mandatos de superiores, la falta de experiencia y madurez en asuntos de pluma se van a convertir en un rasgo distintivo de estas escritoras. Unido al hecho de que mezclaran asuntos cotidianos con declaraciones místico-religiosas, en un lenguaje sencillo y cercano al coloquial, tono con el que querían llegar directamente al corazón de sus lectores, alejándose del término culto propio de las escuelas.

Las mujeres escritoras rompían así el esquema social establecido, porque el discurso moral elogiaba la modestia y el silencio como cualidades que debían adornar a la mujer, tal y como lo exponía Fray Luis de León:

“[...] es justo que se precien de callar todas, así aquellas a las que les conviene encubrir su poco saber, como aquellas que pueden sin vergüenza descubrir lo que saben; porque en todas es, no sólo condición agradable, sino virtud debida, el silencio y el hablar poco [...] Porque, así como la naturaleza [...] hizo a las mujeres para que encerradas guardasen la casa, así las obliga a que cerrasen la boca”.

de Cartagena (s. XV), Teresa de Jesús (s. XVI) o María Jesús de Ágreda (s. XVII). El convento propiciaba un espacio femenino favorable, fuera de injerencias masculinas y de las cargas domésticas y, gracias a ello, tuvieron mayores posibilidades para leer (libros religiosos, libros de filosofía, ciencias, etc.) y para escribir. Muchas aprovecharon las posibilidades del convento y fueron verdaderamente sabias que nos han legado obras de importancia literaria.

Para estas mujeres, el hecho de escribir suponía una liberación, pero

también la obediencia al mandato, esto es, la redacción de textos impuestos por los confesores. Casi todas las religiosas escribieron sus autobiografías por obediencia, pero no sólo este género, sino también poesías, epistolarios especialmente dedicados a sus monjas. Obras, en suma, que venían a ser el correlato de las recomendaciones para hacer buenas y perfectas casadas fuera de los claustros.

**Frente al modelo de mujer sumisa algunas heterodoxas optaron por escribir y exteriorizar sus fantasmas y sus dudas**

Con el paso de los siglos, y para llegar de la aguja a la pluma, las mujeres tuvieron que superar numerosas trabas y pactar innumerables veces. En primer lugar, tuvieron que acceder a la cultura y a la educación, pero además, tuvieron que ocultar su identidad bajo nombres masculinos, caso de *Fernán Caballero*, seudónimo de la escritora Cecilia Böhl de Faber y Larrea (1796-1877); algunas antepusieron el apellido del marido al suyo, demostrando así que contaban con

el beneplácito conyugal, caso de Pilar Sinués de Marco (1835-1893) y María Mendoza de Vives (1821-1894). También tuvieron que pactar con padres, maridos y preceptores y disimular ante la sociedad, como el caso de *Fernán Caballero* y Pilar Sinués quienes tenían en el salón de su casa una labor escondida, que tomaban rápidamente en cuanto asomaba una visita para demostrar que ellas también atendían a las labores del hogar.

Además establecieron sus propias redes femeninas, caso de la conocida como hermandad lírica de las escritoras del s. XIX, mujeres que se sentían solidarias unas con otras y no rivales, tal vez para defenderse de las imposiciones sociales varoniles. Por ello y en sus textos, vemos la amistad y la grati-

tud que se profesaban, se dedicaban libros de poemas, novelas y relatos cortos.

En cuanto a los géneros literarios que cultivaron destaca en primer lugar el poético. Esto es reflejo de la idea generalizada desde los padres de la Iglesia de que la mujer está destinada por naturaleza al sentimiento, al corazón, y los hombres al cerebro, a la razón y a los estudios teóricos, como apuntaba el crítico Criado y Domínguez en su obra *Literatas españolas del siglo XIX*:

“Es la lírica el espejo del alma de las mujeres... Y ésta armoniza maravillosamente bien con la manera de ser de la

mujer meridional, cuya imaginación soñadora, cuyas nobles, pero fogosas pasiones, y cuyos idealismos ingénitos, encuentran allí su más natural y apropiada satisfacción y desahogo”.

En la mayoría de sus trabajos literarios se aprecia una escasa preparación y calidad que se suplía con el autodidactismo y con el entusiasmo. Estas mujeres aprendían a escribir, buscaban su propio medio de expresión por sí mismas, si acaso ayudadas por algún pariente, amigo o protector que les guiaba sus pasos, pero poco más. Por eso, sus textos aducen de un desconocimiento de la retórica y a veces, hasta de faltas de ortografía. Frente a ello, destaca la modestia y la humildad de sus palabras, así como el hecho de que sus obras permanezcan casi inéditas para el gran público.

En cuanto a los temas comunes en sus obras, todas ellas son conscientes del doloroso destino de las mujeres: el sufrimiento, el amor no correspondido, las dificultades para acceder a la vida intelectual, la

### Se establecieron redes de mujeres, solidarias unas con otras y no rivales, tal vez para defenderse de las imposiciones varoniles

subordinación al hombre, el futuro incierto... Todas se lamentan de esto, pero ello no supone una reacción contra las normas sociales. Salvo contadas y escasísimas excepciones, como María de Zayas (1590-¿?), Inés Joyes y Blake (1731- d.1806), Josefa Amar y Borbón (1749-1813), en los textos de las escritoras españolas del pasado se consolidó el modelo dominante de unos valores domésticos que perdurarán hasta muy entrado el siglo XX.

En suma, para muchas de estas mujeres, escribir en España era llorar doblemente, por sexo y por oficio. ●



Retrato de la escritora Cecilia Böhl de Faber conocida con el seudónimo masculino Fernán Caballero. / Biblioteca virtual Miguel de Cervantes (www.cervantesvirtual.com)



Santa Hildegarda de Bingen. Protestificación de Scivias, Fol. 1, Facsímil de Eibingen del *Códice de Ruperstberg*. / Wikimedia Commons

